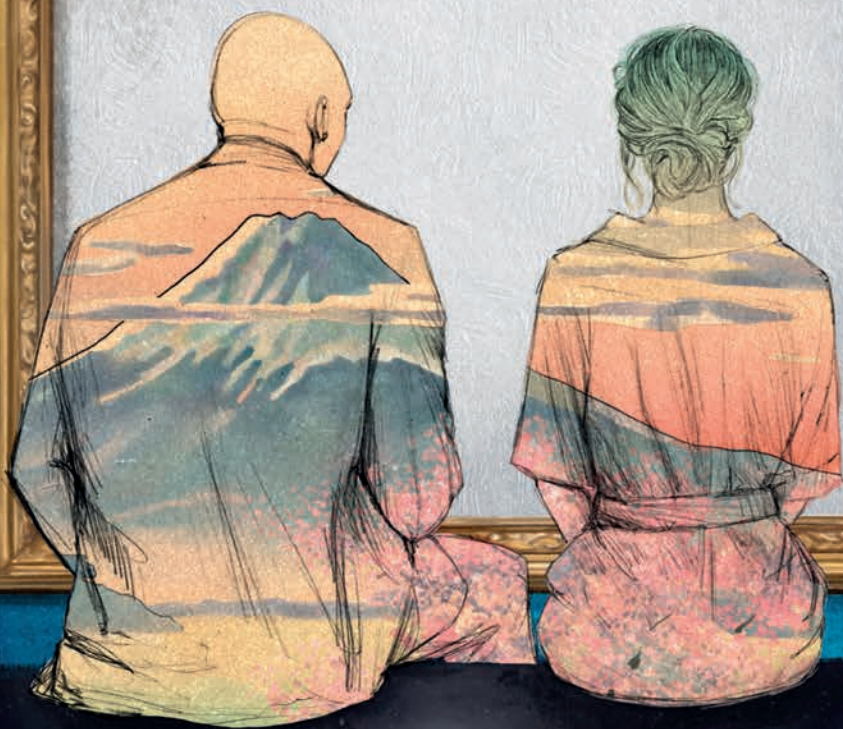




Al otro lado del miedo Marta Orriols



Al otro lado del miedo

Marta
Orriols

Traducción de Manuel Pérez Subirana

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1677

Título original: *A l'altra banda de la por*

© Marta Orriols, 2025

Autor representado por SalmaiaLit, agència literària

© Raval Edicions SLU, Proa

© por la traducción del catalán, Manuel Pérez Subirana, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: enero de 2025

ISBN: 978-84-233-6677-4

Depósito legal: B. 21.951-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. **En Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

Lo habían encontrado descuartizado dentro de un contenedor. En las redes no se hablaba de otra cosa. Decían que al cadáver le faltaban la cabeza y las extremidades. La cabeza. Se estremeció como si se tratase de un secreto que solo ella conociese. Por un momento, hizo el esfuerzo de imaginárselo. A su mente llegaban sin cesar imágenes terribles que la obligaron a apartar muy lentamente la taza de un café americano que todavía humeaba. Deslizó el dedo por la pantalla para intentar que sus sentidos se llenaran de cualquier otra información, la que fuese: propuestas culturales, hilos insalvables con opiniones que nadie había pedido, política vacía de estrategia y llena de resentimiento, llamadas de atención disfrazadas de queja lanzadas desde la soledad de un dispositivo, deseos de buena suerte en el cambio de etapa de alguien que dejaba un periódico tras diez años trabajando en él. Un estudiante había perdido el portátil con su trabajo final de carrera en el autobús V15 de la línea de la Barceloneta y pedía a sus seguidores que las redes hicieran su magia. Eso era lo que siempre la salvaba, que a pesar de las tribula-

ciones de esa masa incorpórea de la que preferiría no formar parte, alguien invocase de vez en cuando rituales que requerían una confianza ciega en la humanidad. Intentó aferrarse a la idea del portátil perdido, considerar a fondo la posibilidad de difundir la petición entre sus seguidores para apartar la atención del cuerpo mutilado, pero se topó de nuevo con rumores no contrastados que, pasados unos minutos, ya eran imparables: «Habla el hombre que ha encontrado el cadáver del Eixample: “Pensaba que era un maniquí”».

Se llevó la mano al pecho con espanto cuando el camarero tiró los posos del café. Fueron los golpes contra el canto del cubo de la basura lo que la asustó. Hacía años que no llevaba la alianza, pero en situaciones como aquella todavía la buscaba instintivamente con el pulgar tanteando en la parte interna del dedo anular. Tendría pequeños sobresaltos como ese hasta bien entrada la noche. Volviendo de comer, comentó el suceso con sus compañeras de restauración. Algunas ya estaban al corriente, las otras pusieron cara de asco; con la reunión y la intensidad del trabajo se acabó olvidando del asunto. De vuelta a casa, durante el trayecto en autobús, pensó en el paisaje de *Camino del Calvario* de Hans van Wechelen y en la necesidad de intervenirlo. Creían que aquel acusado aspecto amarillento podía deberse a la oxidación de una capa de barniz gruesa que debieron de aplicar sobre el óleo en alguna restauración antigua. Con la mirada perdida, intentaba presupuestar el coste de las diferentes opciones de las que disponían para consolidar la policromía de modo que des-

tacasen los tonos ocres del árbol que aparece en primer plano en la pintura del flamenco. Ella lo veía plausible. Al día siguiente lo consensuaría con la coordinadora de la colección y, si desde Dirección les daban el visto bueno, se pondrían con ello. Dar luz verde a los proyectos del museo le satisfacía enormemente.

Distraída, observaba el cielo a través de las ventanas del autobús y, con resignación, se amoldó a la idea de la ausencia de las señales inequívocas que, no hacía tantos años, solían marcar los cambios de estación: los dos impermeables amarillos de los niños de cuando eran pequeños, comprados en un viaje a Suecia, que solían estar colgados en el recibidor durante aquella época del año; los truenos y los chubascos de tarde de finales de verano, y el primer frío, que tampoco se dejaba sentir en aquel atardecer todavía caluroso. Después intentó recordar si su hijo mayor le había dicho que volvería a casa al salir de la facultad, o si era esa noche cuando tenía la cena con sus amigos. Tendría que cocinar algo para el pequeño, de todos modos. Se obligó a pensar en comidas agradables. No tenía ganas de complicarse con recetas sofisticadas. Desde que solo cocinaba para ella y los niños, había ido reduciendo los ratos que pasaba en la cocina, que tanto la abstraían de todo lo demás. Tiempo atrás había querido entender el hecho de aprender a cocinar como un acto de amor: rescatar el libro de recetas de su madre pocas semanas después de su fallecimiento y buscar el tiempo y las habilidades necesarias para resucitar sabores que la acercaran a ella. Registrarla en la memoria a través

del gusto, de los olores, de su caligrafía y de los dibujos en los márgenes de la libreta. La recordaba siempre en la cocina; si le hablabas mientras ella cocinaba, te miraba desde una distancia que venía determinada por el esmero que ponía en lo que estaba haciendo, y si Joana hubiera podido verse a través de los ojos de otra persona, le hubiera parecido que, encarada al mármol de la cocina, adoptaba la misma expresión concentrada que la mujer que la había traído al mundo. El gesto sencillo con el que se recogía el pelo, aquel delantal que le otorgaba una categoría nueva, las mangas de la camisa remangadas, los anillos sobre la cafetera, junto a las pastillas de vitamina D. Trazas en su forma de hacer que respondían al aprendizaje instintivo adquirido a través del asombro que le despertaba su madre. A veces, cuando estaba en la cocina bajo la luz tenue, trajinando con los alimentos o amasando la harina, se arrepentía de no haberlo hecho antes; no me refiero a ponerse a cocinar, sino a haber compartido más tiempo con ellos. La conservación preventiva formaba parte del núcleo de su trabajo, hacía años que, entre otras muchas cosas, se encargaba de supervisar el entorno de las obras del museo para frenar su envejecimiento, para mantenerlas vivas. Era buena haciéndolo, y sin embargo sentía que con sus padres no había sabido detectar las señales. Se había dado cuenta demasiado tarde de que su envejecimiento podía acelerarse hacia la enfermedad y hacia la muerte. ¿Por qué no se las ingenió para lograr algo un poco más auténtico con sus padres? Cuando era una niña, se avergonzaba de tener unos padres tan

mayores. La habían tenido pasados los cuarenta. Mientras estaban vivos y eran autónomos siempre le pareció que podía aplazar un poco más lo que era de vital importancia, presa como estaba en su día a día de la energía que el trabajo y su propia familia exigían de ella. Tampoco es que ellos le reclamaran nada. Eran unos abuelos discretos. Con los niños se habían dulcificado. Se veían cada dos o tres fines de semana. Los niños, entonces, eran pequeños. Ella y Biel llegaban al final de la jornada con la lengua fuera. Era capaz de mentirse, de creerse su propio convencimiento de que sus padres seguirían allí todo el tiempo del mundo. Una especie de tótem inmutable. Siempre le sonreían. Todavía le hacían sentir que era su centro, aunque ese centro ya no fuese para ninguno de los tres un lugar de encuentro, sino más bien un recuerdo al que aferrarse para no dejarse arrastrar por los embates del tiempo. No prestaba atención a lo que los sentimientos le hacían intuir, sino a lo que los pensamientos le hacían creer. La verdad, sin embargo, nunca se puede tomar a la ligera. Después, de golpe y de manera imparable, vendrían las pruebas médicas, el cansancio extremo, los diagnósticos del uno y de la otra, las miradas apagadas, febriles. Primero fue su padre. Al cabo de dieciocho meses, la madre. De un solo zarpazo de la vida habían desaparecido los dos. No dejó de acompañarlos ni un solo momento durante todo aquel descenso, pero se castigaría pensando que podría haber estado más mientras todo iba bien. No era tanto una cuestión de tiempo, sino más bien de distinción, de prerrogativa. De haberles dado priori-

dad durante los años en los que era hija y también adulta, cuando ellos todavía estaban atentos a todo lo que pasaba a su alrededor. Ahora ya no había nada que hacer, más allá de verse expuesta como un frágil tallo al viento y de tener que considerar a sus padres como dos pérdidas irreparables sobre las que, además, sentía que no tenía ningún control.

Todavía en el autobús, cruzando la ciudad en medio del agobiante tráfico de las cinco y media de la tarde, se aclaró un poco la garganta y abrió en el móvil la nota que llevaba por nombre *mochilas niños*. Aquella nota ya tenía casi seis años de antigüedad. La había creado el primer fin de semana que los niños se iban con su padre tras la separación. Borraba su contenido y escribía uno nuevo casi semanalmente. Al principio era imprescindible. Le preocupaba el carácter despistado de Biel. Pero con el tiempo ya solo apuntaba las cosas que se le podían olvidar incluso a ella: las espinilleras de fútbol del mayor, la autorización para la salida escolar al Laberinto de Horta del pequeño.

Una hora más tarde, en la piscina, mientras se ponía el gorro de natación de silicona procurando que no se le escapara ningún mechón de pelo, palpó la forma redondeada y compacta de su propia cabeza y evocó una vez más el dato anatómico de los rumores sobre el cuerpo descuartizado. Sintió una agitación nerviosa en su interior y, tras un gesto de negación, se ajustó la goma de las gafas. Empezó a nadar con un impulso excesivo que pretendía dejar atrás aquel día. Daba brazadas cortas, y al cabo de unos tres cuartos de hora, que equivalen a un montón de largos para

alguien con un pasado deportivo, se detuvo, apoyó las manos en el borde e hizo fuerza contra el suelo empujando el cuerpo hacia arriba. Una vez sentada, miró a su alrededor satisfecha. Jadeaba un poco, con las piernas en remojo y las gafas sobre la cabeza. Las facciones más relajadas. El agua modificaba la dirección del sonido de las voces y de las risas de los demás usuarios. En la tercera calle se llevaba a cabo una actividad dirigida. Las órdenes de la monitora se elevaban hacia el techo. En la piscina se sentía reconfortada; en general, se sentía así en cualquier espacio donde existiera un régimen interno con obligaciones y recomendaciones. Donde se obliga a un mínimo de civismo. La vigilancia del socorrista, las señales de seguridad. Siempre había alguien que no nadaba por la derecha de la calle o que no usaba las zapatillas de baño, pero, por lo general, reinaba un orden que le permitía recuperar cierta condición natural. No siempre había sido así. De hecho, la imagen de la mujer actual que sentía que ahora representaba no casaba nada con la chica que era en los años noventa y principios de los dos mil. Entonces se hubiera descrito como una persona atrevida, aventurera y con la necesidad de correr siempre en campo abierto. Contra todo pronóstico, se había convertido en una mujer ordenada; una mujer separada y con dos hijos adolescentes que tenía tiempo para reflexionar sobre ella misma. Buena amiga del exmarido, con un empleo estable en una institución pública, un nuevo cargo que aún a ratos la descolocaba, una agenda rigurosa, un vibrador que más que proporcionarle placer sexual le hacía tomar conciencia de su soledad y un

grupo de amistades bastante sólido. Los gastos de los estudios de los hijos, sus pequeños caprichos tecnológicos que les saciaban toda una serie de necesidades impuestas, las extraescolares, la ortodoncia de uno de ellos y más tarde la del otro. Ahorrando un poco acababa por llegar a todo. Compraba pescado fresco una vez a la semana y en la nevera siempre tenía una botella de vino blanco. Era generosa con los regalos de cumpleaños, disfrutaba de las fiestas de Navidad. Ser propietaria de un piso sin hipoteca heredado de sus padres suponía una ayuda. Sus padres, que ya no estaban. Una gran ayuda, de hecho. Y sin embargo, qué herida tan extraña. A menudo ese hogar le despertaba cierto sentimiento de culpa. De algún modo que nunca había confesado a nadie, se avergonzaba de vivir dignamente. ¿Acaso no era un poco insultante poder hacerlo hoy en día, en un mundo que parecía estar hundiéndose? El derecho a una vivienda digna. La gran angustia de la población. De un modo u otro, a menudo conseguía acomodarse a la situación sin hacerse demasiadas preguntas. También se puede vivir deslizándose solo por la superficie. Y con respecto a sus padres, ¿qué otro propósito podría alcanzar en relación con esta extraña herida después de tantos años sin ellos en este mundo? No dejar morir las recetas de su madre fue, durante un tiempo, una forma de redimirse. No pensaba demasiado en las razones de haber empezado a cocinar como su madre, pero cuando lo hacía, se daba cuenta de lo difusa que era la frontera entre la culpa y la añoranza. Haber perdido aquellos años buenos con sus padres le parecía que era un crimen difícil de aceptar.

Le costaba decidir por sí misma si la estabilidad de su presente era un valor o por el contrario restaba puntos a la personalidad más intrépida del pasado. Añoraba la manera de ser de su juventud: la competición, aquella amistad con las del equipo de natación que debía durar para siempre, las primeras veces de todo lo que acababa configurando una vida: amores, viajes, trabajos, errores, inquietudes apasionadas. Quizá simplemente glorificaba aquella época sin ataduras. ¿Y quién no lo hacía?, se preguntó mientras se secaba una gota de agua que le resbalaba por el rostro. Lo que temía del orden y el control era que podían desembocar fácilmente en un panorama monótono que ya no daba paso al siguiente acto, como si desapareciese entonces la emoción escondida en cada transición, la agitación contenida en el *impasse* entre un momento vital y el siguiente. De todos modos, mientras volvía a ponerse las gafas y le quitaba hierro al asunto, le pareció que todavía era demasiado joven para observarse con perspectiva, y, además, se aferraba siempre a una confianza: la posibilidad de que en algún momento la vida las contuviera a las dos, a la mujer que había sido y a la que era ahora. Sentada en el borde de la piscina, miró el reloj de la pared y se dijo que aún podía aprovechar unos minutos más. Volvió a entrar en el agua y, mientras nadaba de espalda, con las piernas batiendo alternativamente los pies, con un brazo en la fase aérea y el otro en la fase acuática, sintió lo agradable que era elevarse por encima de todas las vacilaciones e incertezas.

Las noticias de la noche confirmarían que el juz-

gado de instrucción número 23 de Barcelona había abierto diligencias para investigar el hallazgo. Según informó el Tribunal Superior de Justicia de Catalunya, el juez había declarado secreto de sumario. Faltaba la autopsia del cuerpo. Ella suspiró con los ojos clavados en la pantalla y se pasó los dedos rápidamente por encima de la clavícula izquierda. Guardó el discreto menaje de su cena. El mantel individual con un estampado de indianas moradas y la servilleta de tela en el cajón de la derecha, la cuchari-lla en el lavavajillas, el corazón de la manzana en el orgánico y el envase del yogur en la basura del plástico. Con el pie derecho sobre el pedal del cubo y una mano en la cintura, puso los ojos en blanco cuando vio que alguien había arrojado allí restos de comida. Se dirigió a la habitación del hijo pequeño dispuesta a regañarlo, pero cuando lo vio con cara de sueño bajo la luz del flexo repasando para un examen, con sus facciones todavía pueriles y las pestañas largas, se echó atrás y lo único que hizo fue dedicarle una sonrisa pícara y acariciarle el pelo. Era el pelo de Biel, los dos hijos lo habían heredado. Ondulado como el de los corredores de carreras de cuadrigas esculpidos en los relieves romanos. Sus hombres castaños y con aires victoriosos, cordiales, traviosos. Esa actitud despreocupada que los hacía irresistibles. De ella habían heredado algunas cosas que no resultaban tan evidentes, algunos miedos, no tantas fortalezas. Quería llenarlos de suerte y fortuna, alejarlos de los prejuicios, que tuvieran una vida satisfactoria. Que fueran caritativos, que no cayesen en ninguna adicción y mantenerlos lejos de la enfermedad. Todos

esos deseos que les había ido inculcando en silencio o entre susurros desde que eran unos bebés rollizos que se dormían entre sus brazos. Rezaba a ningún dios con la fe cándida de una niña para que nada malo les pasase. Estar siempre con ellos. ¿Hasta qué punto se puede frenar lo que nos tiene preparado la vida? Cuando los tuvo, no podía imaginarse que los había traído a un mundo que era lo más parecido a la intemperie.

Levantó uno de los auriculares de la oreja de su hijo para decirle que ya era tarde, que se lavase los dientes y se fuera a dormir de una vez. La música estridente se oía opaca y vibrante entre sus dedos. «Te vas a quedar sordo, amor.» El chico protestó un poco y le dijo que se repetía como una vieja. Ella le dedicó una mueca y le hizo espabilarse. Él estiró los brazos por encima del respaldo soltando gemidos mientras hacía crujir aquel cuerpo de hombrecito en construcción. Pronto sería un joven curioso lleno de ideas impulsivas, un tanto irreverente y cascarrabias. Cuando se levantó, la pizca de niño que todavía quedaba en él necesitó del abrazo materno. Ella lo abrazó más fuerte que otras veces, con una mezcla de peligro real y temor imaginado. Al fin y al cabo, el cadáver del contenedor lo habían encontrado a solo cuatro calles de su casa. Dicen los expertos que el miedo conduce a la parálisis, y sin embargo, a ella la traslada a otro lugar, al reino de las supersticiones y los malos presagios. Creedme si os digo que la hacía actuar con nerviosismo. Aquella noche las sábanas le molestaban, sentía picor en las piernas. No se durmió hasta que su hijo mayor llegó a casa pasadas las

dos de la madrugada. Pensó que era mejor hacerse la dormida y no desvelarse aún más. Con paciencia esperó a que él se metiera en la cama. Desde su habitación controlaba toda la casa: las luces y los sonidos amortiguados de lo cotidiano. El grifo abierto, el cepillado de los dientes, el golpe de la tapa del váter, los pies descalzos de su hijo mayor desplazándose por la habitación repleta de pósteres de grupos musicales y películas veneradas. El interruptor de la luz y después el suave rumor de las sábanas. Lo oyó suspirar y no pudo evitar levantarse de la cama para ir a darle las buenas noches. Le retiró el pelo de la cara y le dio un beso. Dieciocho años, pero aún conservaba aquella piel de niño en la frente y en la parte superior de las mejillas, donde no se afeitaba.

Sin que él se diera cuenta, y aprovechando la penumbra, mantuvo el rostro cerca de su cuello unos segundos más. El calor de la piel. La respiración pausada. La seguridad de tener a los dos cachorros en casa. Había algo reconfortante en el acto de proteger a los hijos. Esa responsabilidad que era solo suya y para los suyos. Ya no eran pequeños, pero aún se preocupaba por ellos y eran capaces de despertarle los temores habituales que se retorcían en su interior cuando, a veces, se empeñaban en sacar lo peor de ella. Y aun así, seguían generándole un tipo de ternura concreto e imprescindible. Cuando hablaba de ellos con Biel los llamaba *los niños*. Los llamaría así toda la vida, también cuando ellos ya fueran hombres.

—¿Os lo habéis pasado bien?

Con la voz un tanto ronca, él le habló de un bar de Gràcia en el que trabajaba la amiga de un amigo.

Le pareció que había bebido un poco por la pronunciación ligeramente pastosa y la gracia excesiva con la que su hijo contaba una anécdota anodina sobre el perro de la propietaria del bar. Ella sonrió en medio de la oscuridad. Era menos obediente que su hermano pequeño, más seguro de sí mismo. Hasta hacía poco contaba bastantes mentiras. Se movía por Barcelona en bicicleta. Se estaba sacando el carné de conducir. Era alegre. Se gustaba, y le gustaban los chicos. Uno le había roto el corazón el verano pasado. El primer amor. A ella la impresionaba su felicidad. Hacía que se sintiera orgullosa de que fuera alguien con ganas de exprimir cada minuto del día.

—¿Tienes clase mañana?

Medio dormido, emitió un sonido para decir que no. Ella volvió a tocarle el pelo y salió de la habitación con cautela, pero antes se acercó a la puerta de entrada y se aseguró de que su hijo había cerrado con llave. Encajó bien el pestillo y, cuando ya se alejaba hacia la habitación, no pudo reprimir el gesto de volver atrás y mirar por la mirilla. El rellano estaba iluminado por la luz de la escalera y la lente le otorgaba un aspecto de túnel largo y deforme. En la última reunión de vecinos, hacía unas semanas, habían acordado cambiar la bombilla del portal, que se activaba automáticamente a partir de las nueve de la noche, pero era evidente que por allí todavía no había pasado ningún electricista. La luz del techo parpadeaba de forma irregular. Sintió un escalofrío y se apresuró hacia su habitación.

Últimamente cuando se metía en la cama y echaba un vistazo rápido a su alrededor se decía que una

cama doble era una tontería si estaba sola y no se colocaba en medio. Se estaba planteando comprarse una cama individual y ganar espacio en la habitación. Mejor encontrarse allí con una planta o un sillón para leer que con el recuerdo de un lugar incompleto que solo funcionaba a medias. Para ella, las costumbres adquiridas eran complicadas de alterar, y todavía dormía en el lado derecho como cuando compartía cama con Biel, junto a la ventana, lado mar. Ocupaba un espacio mínimo. Al levantarse cada mañana, la otra mitad permanecía intacta. Después de cinco años y medio, ya había perdido la costumbre de palpar el lado izquierdo vacío. Ya no se levantaba sobresaltada cada mañana por el hecho de reconocer que era una persona separada. Había conseguido colocar eso en su sitio. Lo aceptaba. Según cómo, incluso le gustaba. Y sin embargo, esa noche, cogió el libro que estaba leyendo de encima de la mesilla, unas memorias de Lucia Berlin con una selección de cartas y fotografías, y subrayó este fragmento en el que la escritora describe a uno de sus maridos: «Buddy se sabía divertir. Lo hacía tan bien. Disfrutaba de la gente y de la música, de los libros y de los cuadros. Sus siguientes obsesiones fueron la cultura y la historia de los indígenas americanos, la fotografía y volar. Ah, y nosotros tres». Levantó la vista del libro y se le llenó la mirada de nostalgia. Tragó saliva. Hacía una semana, cuando los niños habían vuelto de casa de su padre, le habían dado la noticia desde el recibidor, con gritos de entusiasmo, de que tendrían un hermanito. Clara estaba embarazada. Ella se los había quedado mirando con los ojos muy

abiertos y expresión de sorpresa mientras seguía removiendo el sofrito para la pasta. Se alegró delante de ellos y, a continuación, mientras iba recogiendo las cosas que sacaban de las mochilas y dejaban esparcidas por todas partes, tuvo que convencerse de que todo estaba bien. Sintió cómo se formaba un nudo en su interior que no sabía de qué estaba hecho. Recordó que unos años atrás a ella también le había parecido que llegados a aquel punto de desencanto lo mejor era separarse. La tiranía de la monotonía afianzada. Ninguna estrategia nueva que pudiera volver a inyectar en ellos emoción e ímpetu a los días. Como casi todo el mundo que conocía de una edad similar a la suya, había perdido el interés en el matrimonio. Incluso la palabra le sonaba totalmente obsoleta. Había sido cosa de los dos, como si cada uno hubiera estado esperando a que el otro abordara la cuestión. Ya no recordaba quién había dado el primer paso, quién había autorizado aquel movimiento.

Más tarde, cuando los niños ya dormían, le llamó para felicitarle. Le hubiera gustado haber recibido la noticia de él directamente, pero eso no se lo dijo. Al fin y al cabo, ya no era asunto suyo. Él se excedió un poco en las explicaciones. Nunca había dejado de apreciarla y no quería mostrarle toda la felicidad que sentía con la idea de volver a ser padre. Sabía que podía herirla. De ella lo conocía todo, también la facilidad con la que podía convertirse en una pequeña ave de bosque de patas enclenques y quebradizas. En los últimos años había ido perdiendo sus puntales. Sola en el mundo, caída del nido desde donde se ha-

bían alzado sus fortalezas, se sentía más frágil. Mantuvieron la cordialidad y el afecto que se profesaban en cada conversación. Aún se llamaban a menudo sin ningún pretexto. ¿No era eso quererse? Cuando se dice que fue de mutuo acuerdo, todo el mundo asiente con la barbilla, pero en su caso sí lo fue, no como una expresión que resuelve una pregunta en una conversación, sino de mutuo acuerdo con toda la fuerza y la voluntad que esas dos palabras contienen. Quererse también era esa forma de hacer las cosas que tenían los dos. El entendimiento, la coherencia. No dejar al otro atrás ni siquiera a la hora de deshacer el camino que habían recorrido juntos.

Dejó el libro. Cuando apagó la luz intentó descubrir de dónde surgía ese atisbo de intuición que sentía y que no la dejaba tranquila. No lo identificaba como una sensación buena ni mala, era un punto intermedio, los nervios fácilmente excitables, quién sabe si se trataba de un cambio que estaba por venir. De pronto buscó el interruptor a tientas y, ya con la luz encendida, volvió a leer el fragmento subrayado centrando su atención en aquella última frase que hacía referencia a Lucia Berlin y a sus dos hijos: «Ah, y nosotros tres». Biel volvería a ser padre justo antes de cumplir los cincuenta. De una forma remota le pareció que ella y los niños se desdibujarían. Los niños seguro que no, se apresuró a corregirse; él había sido tan atento cuando nacieron sus hijos que estaba segura de que se volcaría del mismo modo con Clara y la criatura. ¿Cuál sería su lugar en aquella nueva estructura? Le pareció que ninguno. Que no había ningún espacio que pudiera contenerla y

que quedaría excluida de sus vidas. Así sería como se desvincularían. Todos avanzarían. Clara sería madre por primera vez, Biel reproduciría la ilusión y renovaría su papel de padre. Los niños tendrían un extra en semanas alternas. Nuevos aprendizajes, nuevas diversiones. Canciones de cuna, pañales, papillas. El ambiente delicado y amoroso de las casas en las que hay un recién nacido. Pero no para ella. No había transición, ningún movimiento a la vista. Eso la hacía sentir como un estorbo. El mundo también era suyo, se dijo con todo el peso del sueño sobre los párpados. A veces, todo lo que les ocurría a los demás y lo que sucedía frenéticamente fuera de los confines de la casa y del trabajo hacía que se olvidara de eso. Que olvidara que ella había creído un día en su grandeza. Pero el mundo también era suyo. Se lo repitió hasta dormirse, como si fuera posible obligarse a las quimeras.